

**JUAN PABLO II:
DAR DE SI ANTES QUE PENSAR EN SÍ**

Por el académico R. P. Carlos Cucchetti

JUAN PABLO II: DAR DE SI ANTES QUE PENSAR EN SÍ *

Para comprender a alguien es preciso descender desde lo más alto hasta lo más profundo, como lo exigía el filósofo Emerson.

Y si ese alguien es el Pontífice de una religión y un jefe de Estado, pretender reflejarlo debidamente es tarea ardua y difícil.

Al analizar la vida y la obra de Juan Pablo II, me ha sucedido lo que se cuenta del Ticiano, que cuando comenzaba a pintar tenía la sensación de entrar en el mar y el horizonte se agrandaba. Tan lícito es considerarlo un apóstol de una fe, como un espectáculo de la naturaleza. Imposible hablar de él tranquilamente. Lo impiden su genio y su figura. Sale de los moldes de un Miguel Angel. Se le notan los músculos del alma aun bajo la piel.

Porque si conmueve la atención del mundo, es porque en un momento gravísimo de la historia, anuncia una posición decisiva sobre la dignidad del hombre.

Es un axioma académico, que las vocaciones de los hombres surgen de las necesidades de los tiempos. Juan XXIII con el Concilio Vaticano II creando puentes levadizos entre la fortaleza de la Iglesia y el mundo moderno, universalizó el esquema.

Gracias a ello, pudo ser elegido el 16 de octubre del 78, un primer Pontífice del Este, después de 45 años de pontífices de la cuenca del Mediterráneo. Fue un imprevisto

* Publicado en "Vida Rotaria", año XXXII, N° 285, nov.-dic. 1987.

en su elección. Hasta la cibernética había fallado en sus cálculos. Era la primera vez que de los 264 pontífices de la Iglesia católica romana, venía un hombre bajando de los Cárpatos a las colinas de Roma, del Vístula al Tíber.

En su cultura polifacética existen niveles como capas geológicas, horizontes superpuestos, decisiones diferentes que corresponden a planos distintos.

Esto es lo que preocupa a quienes lo juzgan parcialmente. Sin embargo el diario parisiense "Le Figaro" escribirá: "*gracias a este hombre, Europa vuelve a descubrir que tiene un alma*".

La fraternidad que predica no sale de un contrato social a lo Rousseau. Sus enseñanzas pretenden ser la conciencia de las conciencias. Considera a su apostolado como la única aventura apasionada y gloriosa. Vive y obra como si viese lo invisible en cada hombre.

Echa la red no cerca de la orilla, sino como San Pedro en alta mar.

Con sus incontables viajes pareciera pretender, como en el viaje de los Jerjes, encadenar el mar. Y ¿qué es el mar para su fe? Lo mismo que para la ciencia, una gota de rocío. Con mucho de audaz, mezcla su apostolado, comprometiéndose con acontecimientos culturales y sociales con la finalidad de un llamado a la conciencia. El Evangelio, dirá, no es una evasión. Es una invasión de fuerza espiritual, paz y justicia. Su amor al prójimo anula todo complejo de agresión. "*No es bueno aprender el Evangelio contra alguien, sino contra algo*". No diviniza la materia, ni tampoco hipoteca el cielo sin relación con ella. Sus discursos no son dogmas, sino orientaciones de conducta pública y privada. No pretende ser la panacea de los graves problemas sociales. Sólo pretende sensibilizarnos ante el dolor o la miseria, para evitar la lucha de clases y la violencia que condena. Dialéctico y flexible está dispuesto a dialogar con cualquier clase de gobierno, sin transigir en lo fundamental: la dignidad de la vida humana desde el seno materno hasta el sepulcro. Alerta sobre los sofismas del tercer mundo religioso y sus slogans. "*No hay tal Cristo obrero, como no hay tal Cristo patrono. Sólo hay un Cristo salvador y redentor de las almas*" exclamará en la basílica de San Pedro, el día primero de mayo, fecha de los trabajadores. Y a los sacerdotes polacos les dirá: "*no se*

puede sacrificar mártires para conquistar verdugos". No se debe olvidar que históricamente Polonia, en contraste con otros países católicos, no conoció las guerras religiosas, la Inquisición, ni necesitó hogueras para los herejes o para las brujas. En el siglo XIV los judíos perseguidos entonces por los países católicos, encontraron amparo, siendo libres en su culto por un edicto del rey. Luego los jesuitas desterrados se refugiaron allí, en su lucha contra el luteranismo. En el siglo actual ante la amenaza ruso-alemana, en una época de desmembramiento político de la nación, a pesar de ello mantuvieron sus universidades que aún existen, como la de Copérnico, conservando el acervo científico y literario, a diferencia de otros países subyugados por el nazismo o el comunismo. Juan Pablo II en su viaje a Polonia responderá al discurso oficial del gobierno: *"Como bien decís señor presidente, vosotros tenéis el poder, la Iglesia tiene a Polonia"*.

Verdaderamente se está en presencia de una concepción extraordinariamente moderna. Anuncia y denuncia. Denuncia el egoísmo exagerado sin negar el justo derecho individual. Como a su vez elogia como necesaria la prodigiosa creación industrial y tecnológica considerándola factor de progreso y a la cultura como necesaria para un universal humanismo. Con una visión copernicana de la Iglesia da la impresión, como los grandes hombres, de algo imprevisible o de suspenso, tanto cuando habla como cuando actúa, reservándose para el acto final de una utópica civilización del amor. Utópica porque los pueblos se unen pero no se aman.

Uno no sabe si le interesa más la construcción de naves para resultar victorioso, o si por el contrario, construye naves para la salvación de los remeros.

En ambas hipótesis, en este mundo paradójico y sofisticado, será verlo surgir de entre las sombras como un esforzado gigante hacia la luz.